MINISTERIOS LAICALES EN LA IGLESIA EN ESTOS 25 AÑOS: 1986-2010

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v58i205-206.290>

ALONSO MORATA MOYA*

Cuando el Concilio publica, el 21 de noviembre de 1964, la Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, al tratar en el capítulo IV, inmediatamente después del referente a la Iglesia jerárquica, el tema de los laicos, quiénes entonces comenzábamos nuestros estudios de teología, sentimos que algo estaba cambiando en la realidad de la evangelización. Ésta no se refería a una tarea exclusiva de los ministros ordenados (obispos, presbíteros, diáconos), sino que se extendía a todos los que formábamos el «pueblo de Dios». Ya la introducción, el n.º 30, enlaza de manera peculiar con el Espíritu que iba a recorrer y conducir el Concilio:

Porque, si todo lo que se ha dicho sobre el Pueblo de Dios se dirige por igual a laicos, religiosos y clérigos, sin embargo, a los laicos, hombres y mujeres, por razón de su condición y misión, les atañen particularmente ciertas cosas, cuyos fundamentos han de ser considerados con mayor cuidado a causa de las especiales circunstancias de nuestro tiempo¹.

Los laicos están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que sólo puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos. Así, todo laico, en virtud de los dones que le han sido otorgados, se convierte en testigo y simultáneamente en vivo instrumento de la misión de la misma Iglesia *en la medida del don de Cristo* (Ef 4, 7)².

El siguiente capítulo, el V, lo dedica a la vocación a la santidad de la Iglesia. Tras exponer las características de la santidad de las personas especialmente consagradas, en el número 41 «La santidad en los diversos estados», en el párrafo final dirá: «Por tanto, todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina. Haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo».

* Director de la Revista Seminarios.

1. *Lumen Gentium*, IV, n. 30.

2. *Ibid.*, n. 33

La doctrina posterior de los Pontífices fue concretando esta misión en los diferentes documentos referidos a las modalidades vocacionales con las que la Iglesia es enriquecida constantemente, gracias a la acción perenne del Espíritu Santo en ella: *Ministeria quaedam*, *Pastores dabo vobis*, *Christifideles laici*, *Vita Consecrata*... son solamente una muestra del interés que por la puesta en marcha de las líneas marcadas por el Concilio tuvieron los Pontífices que han guiado a la Iglesia en el postconcilio.

En el año 2007 se cumplían los 35 años de la publicación del *motu proprio* de Pablo VI *Ministeria quaedam*, el 15 de agosto de 1972. La revista Seminarios incluyó en el número 185 (dedicado a los ministerios laicales) un estudio-cuestionario, «Los ministerios hoy», en el que daba noticia de lo que había podido conseguir en cuanto a la ministerialidad de nuestras Iglesias diocesanas y el proceso que en las mismas había tenido la implantación de los «ministerios» sobre todo en el ámbito de los laicos. Otro estudio de Amílcar Zuffi, *Encuesta sobre los ministerios instituidos*, nos mostraba también la realidad que él había podido captar de la Iglesia italiana. Sabemos que Pablo VI, en *Ministeria quaedam*, intentó que la Iglesia se hiciera consciente de esa nueva riqueza que con la incorporación de los laicos a la tarea evangelizadora había proporcionado el Concilio y consciente también de que estas tareas deberían convertirse en ministerios que deberían ir tomando forma de normalidad, de manera progresiva, en la vida de la Iglesia.

El resultado de la consulta que hicimos desde la Revista a las 70 diócesis que había entonces en España, más 7 movimientos laicales que respondieron, fue que de las 70, contestaron 24, o sea un 34,28%. El encuestador italiano tuvo algo más de suerte: de las 78 diócesis consultadas, 41 contestaron a la encuesta, un 52,56%. Algunas diócesis no contestaron porque no había en ellas más ministerios que los instituidos, previos a la ordenación de presbítero o diácono: Acólito y Lector. Varias de ellas manifestaron que existían servicios en el ámbito de la caridad; del servicio eucarístico: ministros de distribución de la Eucaristía, algunos de ellos con rito de incorporación en algunas diócesis, otras con encargo o delegación del párroco respectivo³.

Yo llevaba sólo dos años de presbítero y leí con mucho interés ese documento en el que el Papa no sólo clausuraba las llamadas Órdenes menores: Ostiario, Exorcista, Lector y Acólito, así como el Subdiaconado y su relación única como pasos previos al Diaconado o/y Presbiterado, e instituía los dos ministerios laicales (Lector y Acólito) que asumían las funciones del Subdiaconado, sino que nos ofrecía criterios que llevarían a una renovación de los servicios, al reconocimiento de que los *ministerios* no son «patrimonio de clérigos» y a ver el enriquecimiento de las Iglesias locales con la puesta en marcha de los mismos según las necesidades del lugar, de cada territorio pastoral.

3. Cf. A. Morata, *Los ministerios hoy*: Seminarios 185 (2007) 389-398; A. Zuffi, *Encuesta sobre los ministerios instituidos*, en *Ibid.*, 403-406.

Con estas palabras se expresaba el Papa: «Pero como las Órdenes menores no han sido siempre las mismas y muchas de las funciones anejas a ellas, igual que ocurre ahora, las han ejercido en realidad también los seglares, parece oportuno revisar esta práctica y acomodarla a las necesidades actuales, al objeto de suprimir lo que en tales ministerios resulta ya inusitado; mantener lo que es todavía útil, introducir lo que sea necesario y, asimismo, establecer lo que se debe exigir a los candidatos al Orden sagrado» (MQ, § 3) Y continuaba en el § 7: «Además de los ministerios comunes a toda la Iglesia latina, nada impide que las Conferencias Episcopales pidan a la Sede Apostólica la institución de otros que por razones particulares crean necesarios o muy útiles en la propia región».

Otros documentos siguen después del Vaticano II: además del *motu proprio Ministeria Quaedam*⁴, con la revisión citada de las fórmulas y ritos del sacramento del Orden, la desaparición de las órdenes menores y la institución de los nuevos ministerios del lectorado y acolitado –con la posibilidad de que los reciban no sólo los candidatos al diaconado y al sacerdocio, sino también seglares que no aspiran al ministerio sacerdotal–, Pablo VI publica un segundo documento, la Instrucción *Inmensae caritatis*⁵. El documento trata sobre el «ministro extraordinario de la comunión», y tiene un doble objetivo: ayudar a distribuir la sagrada comunión, de modo que nadie tenga dificultad en recibirla; y procurar que los enfermos no se vean privados de ella. Se trata de un ministerio semejante a los «instituidos» del lectorado y acolitado. Este ministerio, no instituido en la Iglesia antigua, y hasta ahora sólo reservado al sacerdote y al diácono, ahora pueden ejercerlo también los laicos, sin distinción de sexo, siempre que se cumplan las condiciones de preparación, ejemplaridad, dignidad, necesidad y encomienda. En síntesis, puede decirse que este documento reviste gran importancia, por lo que significa de aceptar a los seglares a una función considerada antes como «sagrada», y por lo tanto exclusivamente reservada al clero; porque supera cierta discriminación de la mujer que aparecía en *Ministeria Quaedam*; porque supone una atención especial a los más necesitados o enfermos de la comunidad, lo que debe ir acompañado de una pastoral adecuada⁶.

Otro documento importante de Pablo VI es la exhortación *Evangelii Nuntiationi*⁷, donde afirma que «los seglares pueden colaborar con sus pastores ejerciendo ministerios muy diversos», y recuerda cuáles son en concreto dichos ministerios: «catequistas, animadores de la oración y el canto, cristianos consagrados

4. Publicado el 15 de agosto de 1972: *Ecclesia* 2 (1972)1365-1367. Cf. J. Manzanares, *Los nuevos ministerios del lector y del acólito. Comentario al Motu proprio «Ministeria Quaedam»*: *Revista Esp. de Der. Can.* 29 (1973) 361-384; R. Beraudy, *Les ministères institués dans «Ministeria Quaedam» et «Ad pascendum»*: *La Maison Dieu* 15 (1973) 86-96; D. Borobio, *Ministerio sacerdotal. Ministerios laicales*, Desclee, Bilbao 1982, 405-417.

5. Publicado el 29 de enero de 1973. Cf. *Ritual de la sagrada comunión y del culto fuera de la Misa*, Madrid 1974, 131-142.

6. Cf. D. Borobio, *Misión y ministerios laicales*, Sígueme, Salamanca 2001.

7. El documento, publicado en 1975, recoge los resultados del Sínodo de obispos de 1974.

al servicio de la Palabra de Dios o de la asistencia a los hermanos necesitados, jefes de pequeñas comunidades, responsables de movimientos apostólicos u otros responsables» (EN 73). Pablo VI insistía en que «debe reconocerse un puesto a los ministerios sin orden sagrado», porque son necesarios para adaptarse a las necesidades actuales, para asegurar los servicios especiales de la Iglesia, para implantarla y hacerla crecer en la unidad.

También han reconocido y valorado otros ministerios varios Documentos papales: el *Directorio de pastoral catequética* (1971), el documento del Sínodo de obispos sobre *Catequesis en nuestro tiempo* (1978), y la exhortación de Juan Pablo II, *Familiaris Consortio*, que recoge los resultados del Sínodo de obispos de 1980 e insiste en que la educación en la fe y la catequesis de los padres a sus hijos es un «verdadero y propio ministerio de la Iglesia» (PC 38, 52, 53). En el mismo sentido lo emplea Juan Pablo II, en la exhortación *Reconciliatio et poenitentia*⁸ y en la *Redemptoris missio*⁹.

Todos estos documentos, a los que habría que añadir *Pastores dabó vobis*, *Vita Consecrata*, *Christifideles laici* y, un documento muy importante, *In Verbo tuo* (NVNE), preparan una actitud nueva entre los miembros de la Iglesia. Quizás con más lentitud de la que desearíamos. Podemos decir que la situación de «puesta en marcha» de los ministerios en nuestras Iglesias no ha variado mucho en estos cinco años transcurridos desde las encuestas citadas, al menos en Europa, y no por querer detener el impulso del Concilio; muchas veces es la falta de laicos que se sientan con vocación de compromiso en la comunidad eclesial, la cual debe convertirse, paulatinamente en «comunidad de ministerios y carismas», pero a la que cuesta trabajo llegar. Las preguntas que nos hacíamos hace cinco años: ¿en qué punto de aplicación y actualización de los ministerios nos encontramos?, ¿qué ministerios han sido considerados importantes y útiles por nuestros obispos?, ¿qué grado de aceptación han tenido (no sólo por parte de los laicos, sino también por la de los sacerdotes)?, siguen siendo válidas para hoy. Pero nos vamos a centrar en la realidad teológica de los ministerios y en su significado para la misión de la Iglesia hoy.

UNA NUEVA ACTITUD EN LA IGLESIA

Tras el Concilio empezamos a recuperar la conciencia de Iglesia como «cuerpo», como «pueblo», la conciencia de comunión, la valoración de los diferentes órganos con sus funciones, de la complementariedad entre los «servicio» y «ministerios» tendentes a la misma misión: la evangelización. La idea de Iglesia

8. Así en el n. 23, donde refiriéndose a la tarea de reconciliación que afecta a todos los miembros de la Iglesia, dice: «A este ministerio, basado e iluminado por los principios de la fe... podemos dar el nombre de pastoral de la penitencia y de la reconciliación».

9. El n. 73 va precedido de este título: «La obra de los catequistas y la variedad de los ministerios». Cf. n. 74, donde también cita explícitamente el n. 73 de la EN.

«sociedad», en la que dominaba la perspectiva del poder y del hacer es sustituida por la perspectiva de la común condición y de la única y común misión en la Iglesia, misterio, comunión y misión, descubriendo la peculiaridad y el perfil de cada una de las modalidades de la vocación cristiana: vida consagrada, vocación laical, el ministerio ordenado, más en concreto el presbiterado.

En la nueva evangelización el protagonista ha de ser el cristiano laico, por el ámbito al que puede llegar su acción en el mundo. Veamos dos de sus rasgos.

1. *De colaboradores a protagonistas en la nueva evangelización*

Hasta ahora los fieles laicos eran considerados sólo objeto de la pastoral de los ministros ordenados, a lo sumo se les concedía el ser «colaboradores y meros participantes en el apostolado jerárquico de la Iglesia». Nos quejamos de que el imaginario común identifique Iglesia con jerarquía y, a los sumo, entren en ella religiosos y religiosas, pero ésta ha sido la imagen que durante siglos hemos dado, considerando a los fieles laicos como menores de edad, siempre a las «ordenes» de... El Concilio los considera bautizados co-responsables, junto con las otras vocaciones, en la misión única y común encomendada por Jesús a todos sus discípulos, reunidos en la misma y única Iglesia de Cristo.

La vocación específica del laico, no es una concesión de la jerarquía, es dada por Dios. No son el objeto de la atención de la Iglesia. No solo pertenecen sino que son «la Iglesia». Participan de la triple función de Cristo, profética, sacerdotal y regia, lo que subraya su pertenencia a la Iglesia. Los Documentos de Puebla y Santo Domingo afirman repetidas veces: «los laicos son los protagonistas de la nueva evangelización» (Santo Domingo, 97). Leemos en el Documento de la Conferencia Episcopal española: «en un mundo secular, los laicos... son los nuevos samaritanos, protagonistas de la nueva evangelización, con el Espíritu Santo que se les ha dado... La nueva evangelización se hará sobre todo por los laicos, o no se hará» (CEE, *Los cristianos...*, n. 148).

2. *Salir de la «sacristía» para introducirse en el corazón del mundo*

Si alguien ha de ser testigo en el exterior, en el ámbito conocido como «el mundo»; si una vocación es específica de la tarea de llevar hasta los últimos rincones el mensaje de la Buena Nueva, esa es la del laico. Ellos son los enviados por Cristo, desde y por la Iglesia, a lo secular, al mundo, y hay que hablar por consiguiente con toda propiedad, de que son «la Iglesia en el mundo».

La gran tarea de los seglares en la Iglesia será asumir y desarrollar la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo, en la sociedad y en las estructuras o instituciones temporales..., la participación primordial en la vida y en la misión de la Iglesia es asumir como algo propio la animación evangélica y espiritual del espesor temporal de la vidas y actividades de los hombres. Deben superar los laicos, la tendencia a la clericalización, a una cierta «sacristanización» (CL 2).

EL CRISTIANO LAICO, MODALIDAD DE LA ÚNICA VOCACIÓN

Hemos hablado de vocaciones específicas refiriéndonos sólo a las vocaciones al ministerio ordenado o a la vida consagrada, excluyendo la vocación común de todos los cristianos de lo específico de la evangelización, pensamos que es inadecuado. La llamada de Dios, la vocación es una con diversas modalidades, una de éstas es la vocación laical. No es la vocación laical, la común a todos los cristianos, una vocación «genérica», sino una vocación específica, o una modalidad diferente, propia y peculiar de un conjunto de cristianos llamados por Dios para enriquecer el cuerpo eclesial con una funcionalidad peculiar, mediante ella hacen presente y efectiva en la historia aspectos esenciales del misterio de Dios, de Cristo y de la Iglesia que ninguna otra vocación puede manifestar.

Vemos ahora los rasgos especificativos de la vocación laical, que definen su función propia y marcan el perfil del laico nuevo evangelizador:

1. Rasgo específico de la vocación del laico: «su índole secular»

Tras el Concilio se define lo específico de la vocación laical con la expresión «carácter secular». Ésta ha ido dando paso a otra más acertada, la «índole secular»: «la común dignidad bautismal asume en el fiel laico *una modalidad que lo distingue, sin separarlo*, del presbítero, del religioso y de la religiosa. El Vaticano II ha señalado esta modalidad en la índole secular» (CL 15).

La Iglesia está y desarrolla su misión en el mundo: su dimensión secular. «Todos los miembros de la Iglesia son partícipes de su dimensión secular, pero lo son de formas diversas. Los fieles laicos tienen una modalidad propia de actuación y de función que 'es propia y peculiar', la 'índole secular'» (LG 31).

Esto no quiere decir que sea exclusiva. Siendo de todos y para todos es puesta de relieve peculiar y propiamente por esa vocación. Toda la Iglesia es secular. Ella comparte la historia de Dios con la humanidad, «vive y comparte los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres» (GS 1).

La peculiaridad de los laicos consiste en que tanto su modo de vivir como su lugar de acción y los modos de su actuación significan de una manera natural, espontánea, adecuada esa dimensión secular común a todos. «El estado de vida laical tiene en la índole secular su especificidad y realiza un servicio eclesial testimoniando... el significado que tienen las realidades terrenas y temporales en el designio salvífico de Dios» (CL 55).

Toda la Iglesia está llamada y enviada a transformar el mundo. En la Iglesia-comunión cada miembro aporta al conjunto su propia peculiaridad funcional. La «índole secular» es el «lugar teológico» de su existencia. Viven en el mundo, en las condiciones ordinarias de vida de los hombres y en las ocupaciones y trabajos del mundo (CL 15, citando LG 31). Están allí, son llamados allí, y son destinados al mundo, no sacados de él, como las vocaciones llamadas «consagradas». El mundo es su lugar propio y su específico lugar eclesial.

2. La significación específica de la vocación laical

El servicio evangelizador de los laicos al mundo como enviados a él por el propio Señor, en nombre de toda la comunidad eclesial, es el «poner en práctica todas las posibilidades evangélicas, escondidas y a la vez presentes y actuantes en las cosas del mundo» (Pablo VI EN 70, cit. LG 31). Cuatro aspectos visibilizan este servicio.

–Son signo y evidencian *el misterio del Dios creador*, origen y fuente de toda realidad, «de quien procede toda paternidad en el mundo» (cf. Ef 3, 15), cuidador de la creación y de su destino al servicio de todos los hombres (Gn 1–2).

–Son los realizadores privilegiados y primeros de la vocación original del hombre destinado, como imagen de Dios, a «cultivar-cuidar-organizar» la tierra.

–Hacen presente y visible la «providencia» de Dios que quiere que la tierra sea conservada y que sus productos lleguen a satisfacer las necesidades de todos los hombres. Lo cual entraña:

1. La pérdida del miedo a la naturaleza, para ello han de empeñarse en descubrir las leyes y valores que son propias del cosmos, la orientación y el sentido de su evolución, los dinamismos que la habitan y por los que se rige, que han podido ser calificadas como «semillas del Verbo» (GS 21).

2. Descubrir, dirigir y gobernar los mecanismos por los que la naturaleza puede ser puesta al servicio de los hombres, cultivándola y guardándola (Gn 2ss) para que sirva a todos durante todos los tiempos (CL 14). Esto exige respetar su condición de «madre-tierra», lugar de la manifestación del cuidado amoroso del Padre Dios por todos los hombres. Ejercicio propio de los laicos que cultivan las ciencias de la naturaleza. Así de la vocación laical forma parte específica la «cuestión ecológica». «El hombre tiene en sus manos un don que debe pasar –y si fuera posible, incluso mejorado– a las futuras generaciones, que también son destinatarias de los dones del Señor» (CL 43).

3. El reconocimiento de la peculiaridad de lo existente, la multiplicación y la continuación de la especie humana por medio de la generación. El matrimonio y la generación se configuran así como un ámbito peculiar y privilegiado de la condición secular y de su misión e índole secular. Aquí tienen su lugar las ciencias de la medicina y de la genética y de la biótica.

El hombre, creado a imagen de Dios, mediante su trabajo, participa en la obra del Creador y... continúa desarrollándola y la completa, avanzando cada vez más en el descubrimiento de los recursos y de los valores encerrados en todo lo creado (Lab. Ex. 25).

–Como el trabajo en nuestro contexto cultural actual se estructura en las diferentes profesiones y estructuras laborales, la presencia y misión evangelizadora de los laicos, su índole secular, se realiza en y por las profesiones. Éste es su auténtico lugar vocacional. La vocación del laico se identifica con su profesión (cf. EN 70).

3. *Subrayan de manera específica a Cristo «en su misterio de Hijo del hombre»*

La índole secular hace al laico el miembro del Cuerpo de Cristo encargado por el Señor y su espíritu a ser signo que hace visible y patente en el mundo y en la historia, la condición de encarnación del Hijo de Dios, la dimensión de inmanencia o presencia personal del trascendente en la historia.

Juan Pablo II en *Vita Consecrata* resalta así la diferencia y complementariedad de la vocación laical con la vocación consagrada. «Los laicos, en virtud de la índole secular de su vocación, reflejan el misterio del Verbo encarnado, sobre todo en cuanto Él es el Alfa y la Omega del mundo, fundamento y medida del valor de todas las cosas creadas» (VC 16).

Por su condición de hombre, el Hombre Jesús muestra su solidaridad con los hombres en todas sus situaciones; y convierte al «hijo de hombre» en objeto de su preocupación, expresión de la preocupación del Padre por la suerte y dignidad del hombre (cf. Sal 8; Mc 15, 39; Mt 27, 40.43.54).

De entre los discípulos los cristianos laicos son los encargados de visibilizar esta dimensión de encarnación del hijo del hombre. Esta función de ser signo de la encarnación y de la liberación del hombre se realiza, en primer lugar, en la propia historia personal del cristiano laico. «Viven la realeza cristiana antes que nada mediante la lucha espiritual para vencer en sí mismos el reino del pecado (Rom 6, 12) y después en la propia entrega para servir, en la justicia y en la caridad, al mismo Jesús presente en todos sus hermanos, especialmente en los más pequeños (Mt 25, 40)» (CL 14).

En segundo lugar, se hacen signos del Hijo del hombre en la medida en que se empeñan por devolver a los hombres el rostro humano, por llevarlos a la perfección, a la plenitud.

En tercer lugar, su labor es hacer más humana la familia de los hombres y su historia (GS 40), poniendo al servicio del hombre todo ese amplio mundo que configura la existencia de los «hijos de los hombres en la historia» (CL 36), «el mundo vasto de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes...» (EN 70).

4. *Evidencian la secularidad de la Iglesia*

Por su índole secular, por ser su lugar teológico el mundo y sus estructuras, los laicos ponen de relieve la dimensión secular de la Iglesia. Por su carácter «cristiano» se sitúan en el «punto de sutura de la Iglesia y del mundo. Surgen en la interferencia de las dos identidades, cristiana y secular»¹⁰. «Hacen presente a la Iglesia en el mundo y animan y transforman la sociedad según el espíritu del evangelio»¹¹. Esta función de evidenciar la secularidad tiene una doble vertiente.

10. J. Rigal, *Le courage de la mission*, Cerf, Paris 1985, 98.

11. CEE, *Los cristianos laicos...*, n. 40.

a) Llevar el mensaje del evangelio al mundo. «Los laicos son aquellos que evidencian la entrada de la Iglesia en lo secular, la entrada en la historia, de manera que todo el mundo vea y reconozca que aquello que está destruido se reconstruya y aquello que ha envejecido se renueve»¹².

La presencia y acción del laico cristiano no es sólo humanizante del mundo de los hombres, es «humanizante según Dios», según Cristo. No es sólo llevar la realidad de condiciones «menos humanas» a más humanas, sino a aquellas en que sea posible vivir ya en la tierra aquella comunión entre los hombres cuyo modelo y meta es la relación intratrinitaria, la nueva creación, la nueva humanidad, liberada, una y fraterna (EN 75), «en comunión con el único Absoluto» (EN 27).

b) Una segunda vertiente podríamos calificarla como de «secularizar» la Iglesia. Los laicos conducen a la Iglesia a hacerse consciente de su esencial dimensión secular, para que no se haga excesivamente «angelical», se «espiritualice» en exceso, busque refugio y se instale individual y estructuralmente en la *fuga mundi*, lograr que baje de los cielos y se manche en los barroes de la tierra.

5. *Anticipan la escatología edificando una ciudad terrena «digna de los hombres, hijos de Dios»*

La ciudad terrestre tiene su propia consistencia y autonomía. Pero, en el proyecto de Jesús, aquí en la historia se ha de hacer realidad lo que se podría suponer y proyectar sólo en el futuro escatológico. La ciudad celeste no es sólo una edificación del más allá: se anticipa y prepara ya aquí en la historia. El reino de Dios se hace historia, aunque no se pueda plenificar en la historia. El reino está entre nosotros (cf. Lc 17, 31). A «edificar la ciudad terrena» dedica Jesús la mayor parte de su vida.

La Iglesia sabe que no tiene aquí ciudad permanente (Heb 13, 14) pero también que ha de contribuir a edificar esta ciudad según Dios, por voluntad de Dios, como homenaje a Dios (GS 43; LG 31). Su relación con la realidad creada es «cristiana»: porque tiene una perspectiva trascendente que llamamos «reino de Dios». Dentro de la comunidad eclesial el laico... subraya en su vida –según su vocación peculiar– los aspectos inmanentes de la realidad creada y del mismo reino de Dios...¹³

UNA VARIEDAD Y RIQUEZA ADMIRABLE DE VOCACIONES

La condición laical se diversifica y concreta en una multiplicidad admirable de vocaciones.

Si se atiende a la edad, se puede hablar de laicos niños, jóvenes, adultos, ancianos (CL 46-48). En cuanto a forma de vida se puede ejercer desde la sol-

12. E. Tresalti, *a.c.*, p. 26.

13. A. M. Calero, *El laico en la Iglesia*, 67.

tería, el matrimonio, la viudez, el celibato sociológico o consagrado, y en este último caso, de forma individual o en «institutos» (CL 55). En el campo de actuación: todo el abanico de las profesiones en la agricultura, la industria, los servicios, la educación, la política, la economía, la justicia, la sanidad, los medios de comunicación social, las ciencias, las artes, la vida internacional (EN 70; CL 56). Desde el ejercicio concreto de su acción evangelizadora se puede hablar de una acción individual (CL 28) o «asociada» (CL 29-30), o se puede considerar el modo de la «presencia o pretensión pública de la fe, o la acción de la 'mediación', o 'testimonio' cuasi-anónimo», silencioso y oculto, que ha consumido tantas energías en una nueva polémica intraeclesial fruto sin duda de la mentalidad todavía excluyente de tantos de nuestros pensadores.

Especial consideración en el ámbito del paradigma teológico merecen tres variedades de vocación laical.

1. La diferencia de género, y en especial, *la vocación de la mujer*. «La conciencia de que la mujer... tiene una específica vocación se ha ido haciendo cada vez más amplia y profunda en el período postconciliar volviendo a encontrar su inspiración más original y profunda, por encima de perspectivas más o menos sociológicas, en el evangelio y en la historia de la Iglesia» (CL 49).

Desde la «razón simbólica», frente a la «razón instrumental», hay que afirmar que «si la mujer puede hacer lo mismo que el varón, es más verdad que nunca significará lo mismo... La mujer debe asumir en la libertad sus dones y los valores de los que es símbolo... la vocación de la mujer es restituir el 'ánima' a nuestro mundo contemporáneo especialmente dominado... por el 'ánimus'...»¹⁴.

2. *La vocación y presencia del matrimonio y de la familia*. La diferencia de significación de los géneros es una riqueza que exige y lleva a la consideración de su respectiva aportación, de la «copresencia y colaboración de los hombres y de las mujeres» (CL 52), sobre todo como fidelidad y testimonio a la vez del «diseño originario del Creador que desde el principio ha querido al ser humano como 'unidad de los dos', ha querido al hombre y a la mujer como primera comunidad y, al mismo tiempo, como 'signo' de aquella comunión interpersonal de amor que constituye la misteriosa vida íntima de Dios uno y trino» (CL 52).

Como realización fundamental y expresión primordial de este signo, con categoría en este caso sacramental, se encuentra el matrimonio, y su derivación natural, la familia. (CL 52).

3. *La condición laical «consagrada»: los institutos seculares*. En el contexto teológico de la vocación laical tiene su lugar la consideración de dos tipos de vocaciones «consagradas»: la vocación-misión de los Institutos seculares y la «consagración individual» al servicio de la Iglesia, que por tratarse ante todo de mujeres se conoce oficialmente como «consagración de vírgenes».

14. L. Rubio - C. Silva, *Rumbos nuevos para una pastoral vocacional renovada*: Seminarios 42 (1997) 166.

Los laicos consagrados son «laicos auténticos», pertenecen al laicado sin restricciones. Los Institutos Seculares no son «una nueva variedad más discreta y como subterráneo de la vida religiosa, son una realidad distinta, una verdadera elevación de la condición de los laicos por la profesión de los consejos evangélicos»¹⁵.

Como laicos consagrados son «un ala avanzada de la Iglesia en el mundo». En ellos se realiza, como afirma Pablo VI, una especie de síntesis entre la secularidad y la consagración, no exenta de tensión profunda. «Por su consagración intentan armonizar los valores auténticos del mundo contemporáneo con el seguimiento de Jesús vivido desde la secularidad» (Santo Domingo, n. 87). La consagración de la vocación laical tiene también otra dimensión, que es la *consecratio mundi*. La entrega plena a Dios para realizar su proyecto de que el mundo todo sea convertido en el mundo a lo divino, impregnado en todas sus manifestaciones con el espíritu de Jesucristo.

LOS RASGOS, EL PERFIL LAICO

En el fiel laico la modalidad de su vocación define su específico seguimiento de Jesús, el Hijo del hombre, con estas características.

1. *Seducidos por el «Hijo del Hombre»: la condición secular como opción vocacional*

El laico es el cristiano que ha hecho una opción por la dimensión encarnada, terrena, mundana, de Cristo. Lo ha contemplado hombre entre los hombres. Lo ha visto emprendiendo y recorriendo los caminos de los hombres, mirando la realidad doliente de los hombres y preocupándose de ella, samaritano de los hombres, que no abandona al hombre herido ni siquiera por ir a cumplir sus servicios religiosos o culturales, como se creyeron obligados el sacerdote y el levita (Lc 10, 31-32).

Desde esa seducción de y por el hijo del hombre y su presencia y acción mundana, secular, y no por la específicamente «religiosa», el cristiano laico se descubre dotado de especial sensibilidad para lo secular, de un «carisma de mundanidad», y por ello, elegido y llamado para continuar en el tiempo, en el siglo, y dentro de él, esa misma labor redentora del hijo del hombre.

Esta conciencia vocacional, del llamamiento de Dios dirigido a él personalmente, para esa misión secular, es el primer rasgo configurador de su rostro. «Dios me llama y me envía como obrero a su viña; me llama y me envía a trabajar para el advenimiento de su Reino en la historia. Esa vocación y misión personal define la dignidad y responsabilidad de cada fiel laico...» (CL 58).

15. Discurso al Congreso Internacional, o. c.

Esta es la mística especial y específica del cristiano laico. Esa mística que se ha comenzado a llamar «mística horizontal»...

Este primer rasgo comporta a la vez vivir el seguimiento de Jesús con un profundo sentido de agradecimiento, de gratitud por el mundo y por su peso ontológico de amor, por el hijo de Dios encarnado, por el descubrimiento de la incorporación personal a ese proyecto.

2. *Vivir la profesión como su específica vocación*

La segunda característica: recuperación del sentido antropológico y teológico de la profesión. Frente al criterio de la modernidad y el marxismo del hombre moderno «productor», el laico cristiano deberá recuperar el carácter teológico de la profesión. Lo cual significa:

1) Profesión como *concreción de la voluntad del Padre* de incorporarle personalmente al proyecto de transformación de este mundo en un mundo digno de los hijos de Dios¹⁶.

2) Un *discernimiento, una opción «a lo divino»*, no desde el simple ganar el pan o la ganancia económica que tal profesión pueda acarrear, ni tampoco desde el lugar social o prestigio que ella proporcione por su valoración en la sociedad, ni desde la influencia o el poder que la profesión proporcione, sino desde la voluntad salvífica del creador, desde la opción por el reino en la historia.

3) La profesión se vive *con el entusiasmo de una entrega desde el amor generoso*, desde la conciencia de ser en dicha profesión colaborador necesario en la obra de la creación y de la redención, nunca como una carga, que no hay más remedio que asumir por ley de vida, o «como castigo por el pecado». El talante del profesional cristiano: ama su trabajo como cantera del reino; ama la obra bien hecha, pone el corazón en ella, se entrega a ella en cuerpo y alma. También sabe que «no son comparables los sufrimientos de este mundo con el 'salario' de gloria que se le ofrecerá» (Rom 8, 18).

4) El cuidado esmerado de *la competencia profesional* (cf. EN 70). En una sociedad marcada por la competitividad el laico cristiano procurará significarse por su competencia, por el dominio de todo aquello que la profesión elegida suponga, por el empeño en estar permanentemente actualizado, por el ejercicio esmerado de la misma, por prestar su servicio «como quien sirve al Señor» (Rom 12, 11; Mt 25, 31-46). Como dicen los obispos españoles: «el respeto a la vida, la fidelidad a la verdad, la responsabilidad y la buena preparación, la laboriosidad y la honestidad, el rechazo de todo fraude son características que se han de mostrar y palpar en la vivencia profesional del cristiano laico»¹⁷.

16. F. J. Vitoria Cormenzana, *Espiritualidad política y práctica política con «Espíritu»*: ST 82 (1994) 819.

17. CEE, *Católicos en la vida pública*, nn. 113-116.

3. La caridad «secular» o sociopolítica

El seguimiento radical del hijo del hombre lleva al cristiano laico a cultivar en sí mismo «los mismos sentimientos de Cristo Jesús» (Flp 2, 5).

El amor del cristiano al mundo, que se designa como «caridad (socio)política», es «el compromiso activo y operante, fruto del amor cristiano a los demás hombres, considerados como hermanos, en favor de un mundo más justo y más fraterno con especial atención a las necesidades de los más pobres»¹⁸. Esta caridad política supone:

1) Un entrañable amor, donación y entrega de la propia existencia a ese Jesús, hijo del hombre, empeñado por el hombre, entregado a la salvación del mundo¹⁹.

2) La «caridad secular» significa además el «amor eficaz a las personas que se actualiza en la prosecución del bien común de la sociedad»²⁰.

3) La caridad política se traduce también en la animación, participación y potenciación en los movimientos ciudadanos, al margen y enfrente de cualquier tipo de dirigismo o monopolio controlador y manipulador de las decisiones procedentes del estado o de grupos de presión.

La caridad secular supone como rasgo fundamental el compromiso en la sociedad, en la polis, el compromiso concreto conocido como compromiso socio-político. Dicho «compromiso político-social no es una mera consecuencia de la fe, sino una manera privilegiada, del ejercicio de la caridad»²¹.

Finalmente hay que señalar como concreción de la misma caridad política, el empeño por la paz. «El fruto de la actividad política solidaria... es la paz».

4. Orgullosos de ser la Iglesia

El cristiano laico, consciente de que la Iglesia de Jesús es su patria, su hogar, su familia, se siente orgulloso de ella.

No se refugia en la fácil dicotomía de que la Iglesia son otros, los clérigos, o en la racionalización de contraponer la Iglesia a Dios o a Cristo. Sabe que el grupo humano del que forma parte por la fe en Cristo se configura como ese misterio del pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, templo del Espíritu, y se goza de esta dimensión divina y celeste de la Iglesia.

Sabe también que, a pesar de su pecado, ningún grupo humano ha subsistido como ella a lo largo de la historia, que ningún grupo humano ha puesto tanto empeño en hacer más llevadera la vida de los hombres en la tierra, ni le ha abierto horizontes de eternidad y de trascendencia. Sabe que ningún otro grupo ha producido personalidades de tal categoría, ejemplos más consumados y fecundos

18. CEE, *Católicos en la vida pública*, 6.

19. F. Sebastián, *Evangelización...*, 211-212.

20. CEE, *Católicos en la vida pública*, n. 60.

21. CEE, *Cristianos...*, 54.

de humanidad, ha llevado a la cumbre de humanidad a tantas personas, como lo ha hecho la Iglesia con santos y santas de todo género, edad, condición.

Este orgullo de ser la Iglesia hace al laico no solo «practicante», a lo que se le pretende reducir, sino «confesante» de la fe de la Iglesia, de la fe en la Iglesia..

Esta confesión entraña también «dar la cara» por y ante la esperanza que hay en ella. El orgullo de ser Iglesia le lleva también a tratar de comprender, aceptar y afrontar desde su propia situación sociológica todas aquellas cuestiones en las que la Iglesia, comunión de todos los creyentes con los obispos y el papa, entiende que hay que defender al hombre, su vida, de la profunda manipulación a la que se halla sometido hoy en los diferentes campos del saber y del hacer.

Este orgullo de ser Iglesia se traduce y manifiesta en la praxis de la comunión con todas las demás vocaciones eclesiales. El fiel laico no puede vivir cerrado sobre sí mismo, aislado, y menos enfrentado a las otras vocaciones. «Debe vivir un continuo intercambio con los demás... El Espíritu del Señor le confiere, como también a los demás, múltiples carismas; le invita a tomar parte en diferentes ministerios y encargos; le recuerda, como también recuerda a los otros en relación con él, que todo aquello que le distingue *no significa una mayor dignidad, sino una especial y complementaria habilitación al servicio*» (CL 20).

Orgulloso de ser la Iglesia está atento y dispuesto a ofrecer a la comunidad eclesial su propia riqueza como persona, como profesional, a prestar los servicios y aun los ministerios para los que el Espíritu le ha dotado.

5. *Ahuyentadores del poder-dominio y de la mentira*

La presencia del laico en las estructuras temporales, especialmente en las sociales y políticas, conlleva un ejercicio del poder. Si el poder se convierte en fin en sí mismo es fácil dejarse corromper, o si se cae en el «erotismo del poder», el poder se alía con la mentira, el engaño. Todo vale para mantener el poder. «El hombre que quiere conducirse con honestidad en todas las cosas fracasará necesariamente entre tanto bellaco» (Maquiavelo).

No es ésta la forma cristiana de ejercicio del poder: el modelo es el «hijo del hombre», que no pretende dominar, oprimir (Mc 10, 42-45), sino servir. Siguiendo este modelo, «el uso efectivo del poder (o su limitación)... se condiciona al bien de todas las personas que constituyen la sociedad».

Ante esta enorme dificultad, ante el peligro del fracaso y de la ruina «entre tanto bellaco», la tentación del laico cristiano ha sido y continúa siendo el retirarse o bien a la vida privada, desentendiéndose de la cosa pública, o refugiarse en las sacristías. El laico cristiano ha de empeñarse con el poder pero no dejarse embaucar por la bellaquería. Y a la vez su dimensión profética le convierte en el denunciador de las reales corrupciones y mentiras en que el poder se arroja²².

22. Cf. *No mentirás. Honradez con la realidad*: Sal Terrae (mayo 1992).

Esto conlleva un ejercicio efectivo de desenmascaramiento de los poderes hegemónicos que tienden a «implantarse y remodelar el conjunto de la sociedad y hasta las mentes de los ciudadanos según sus propios modelos de vida y sus criterios éticos»²³.

Este exorcismo contra el poder y la mentira se ejercita no permitiendo la discriminación de las personas por razones ideológicas, denunciando las pretensiones de imponer una determinada concepción de la vida y de valores morales desde opciones políticas concretas, que se convierten en «ídolos» cuando se absolutizan y se quieren imponer a todos²⁴.

6. *Vigías de la historia*

La condición secular coloca a los cristianos laicos en posición privilegiada para ejercer su profetismo específico, ser vigías de la historia, centinelas de los signos de los tiempos, portavoces de lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias en lo que acontece en el ámbito de lo temporal.

Siendo el mundo el «lugar teológico en el que la Iglesia debe buscar los signos de la presencia de Dios»²⁵, los laicos, en el corazón de ese lugar teológico, son los mejor preparados para, desde la fe, poder intuir, contemplar, descubrir y explicitar las huellas que va dejando el paso del Creador en la historia. En los fenómenos que caracterizan nuestra época, se expresan las necesidades y aspiraciones de la humanidad actual²⁶. Aportación específica de los laicos a la comunidad será su mirada positiva, esperanzada, sobre la cultura del presente.

7. *Testigos y promotores del deleite y de la fiesta*

Si los laicos tienen la función de anticipar la Jerusalén celeste, su vocación se configura como una defensa y realización de lo que será la condición definitiva en esa ciudad, «donde ya no habrá llano ni luto ni lágrimas ni muerte ni dolor» (Ap 21, 4). Son paladines del deleite y de la fiesta, en esta ciudad terrena.

Paladines quiere decir cristianos que tienen la experiencia íntima, que puede calificarse de «mística», de que el placer, la dicha, la felicidad es cosa de Dios, que forma parte de su proyecto sobre el hombre. No es el simple goce sensual, mero placer, alegría incontrolada. Es algo más profundo que responde al anhelo de felicidad que el hombre busca en todo, la dicha y bienaventuranza que Jesús proclama, del que es autor el Dios de Jesús, del que Jesús es pregonero y procurador permanente (Mt 5, 3-11).

23. CEE, *Los católicos...*, n. 26.

24. *Ibid.*, n. 31.

25. AA.VV., *Evangelización y hombre de hoy*, Edice, Madrid 1984, 221.

26. Esta es la definición que de los «signos de los tiempos» dio la Comisión del Concilio el día 14 de noviembre de 1964.

Si otras vocaciones eclesiales por su relativización del mundo, por su «fuga de él», acentúan «la figura de este mundo pasa», que «no tenemos aquí ciudad permanente» (1 Cor 7, 31), el laico por su condición secular, experimenta, vive y proclama el deleite que acontece en el mundo, todo lo bueno y hermoso que hay en él, del que brota la alabanza al Creador y salvador.

Como místicos del deleite verdadero, serán los que inviten y promuevan el logro de una vida placentera, dichosa (Prov 5, 15-19), descubriendo el disfrute de lo sencillo, el saboreo de lo cotidiano, por encima de la satisfacción de los instintos de la carne, de lo que se conoce como la vida fácil, la «dolce vita», la molicie, el relajamiento, el libertinaje, el hedonismo. Componente del deleite es la medida, la moderación. La hartura nunca es buena. «Si encuentras miel, come lo justo, no sea que te hartes y lo vomites» (Prov 25, 16; Ef 5, 18; Rom 13, 13).

El cristiano laico es sembrador de alegría con su talante y su acción. Los cristianos laicos se convierten en «paladines de la fiesta». Inyectan el evangelio de la felicidad, de la alegría, del gozo y del deleite en las fiestas seculares, tendentes a la orgía y al placer destructor del hombre. Los laicos tendrán una participación activa, protagonista también, en crear espacios de diversión.

ÁMBITOS DE ACTUACIÓN

Una imagen adecuada del laico nos lleva a preguntarnos en qué campos hay que concentrar energías evangelizadoras dentro de lo secular y sus estructuras.

1. *El cuidado y cultivo de la familia*

En el ámbito de la familia, la acción más urgente debería situarse en el cuidado y cultivo de la vida familiar en los siguientes aspectos:

1°. *El anuncio del matrimonio como vocación*, un proceso: acompañamiento, discernimiento y formación vocacional.

2°. Recuperar la familia como auténtica y primaria «comunidad eclesial» o «Iglesia doméstica». Que vuelva a ser espacio primero donde se vive, se comparte, se comunica, se transmite y se celebra la fe cristiana tanto entre los esposos como con y entre los hijos (EN 71).

3°. La creación de estructuras de «misericordia y reconciliación» (FC 33) para con las situaciones de sufrimiento, de fracaso y de cruz.

Este campo es el primero que exige un servicio-«ministerio» eclesial.

2. *Humanizar la historia: la vida económica, laboral y política*

El ministerio del laico tiene una especial urgencia en los ámbitos de la economía, de las relaciones laborales, de la vida política, o la organización de la convivencia. «El ser protagonista, creadores de algún modo de una nueva cultura humanista es una exigencia universal e individual» (CL 5).

1) Humanizar es comprometerse por defender el derecho a ser, a existir, a vivir, de todo ser humano, que es el derecho primordial, básico, fontal (CL 38).

2) Humanizar significa también reconocer el valor de la persona «frente a la manipulación posible por parte de la ciencia y de la técnica, cuando trata de alterar el patrimonio genético del individuo y la generación humana» (CL 38).

3) Humanizar quiere decir poner al hombre como el centro de la respectiva actividad. «El hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social» (GS 63). Todo debe supeditarse a él. Especialmente está necesitado de humanización el campo de las relaciones laborales. Empeño del laico cristiano será «convertir el lugar de trabajo en una comunidad de personas respetadas en su subjetividad y en su derecho a la participación y a desarrollar nuevas formas de solidaridad entre quienes participan en el trabajo común» (CL 43).

4) Humanizar supone promover el redescubrimiento de la dignidad inviolable de cada persona humana, la «tarea central y unificante del servicio que la Iglesia y en ella los fieles laicos, están llamados a prestar a la familia humana» (CL 37). La dignidad personal es el fundamento de la igualdad. Humanizar entraña rechazar cualquier discriminación por motivos de raza, de clase social, de formación, de nacionalidad «por el deshonor que se inflige a la dignidad de la persona».

5) Humanizar es también afirmar la unicidad y la irrepitibilidad de cada persona, luchar por suprimir de todos los ámbitos y niveles existenciales lo que pueda sumir a la persona en el anonimato, en la masificación, en convertirlo en un número más, en la enseñanza, en la medicina, en el trabajo.

3. *Estimular y empeñarse en crear la cultura de la reconciliación y de la paz*

La conciencia de la misión del hijo del hombre como reconciliador (2 Cor 5, 18-19; Rom 5, 11; Col 1, 20), como «nuestra Paz» (2, 14), y de la condición del cristiano como reconciliado (Mt 5, 24) y pacificador (Mt 5, 9), hace al cristiano laico agente de una cultura de reconciliación y de paz en los campos propios de su actividad³⁰.

Ser agente de reconciliación y de paz supone haber logrado en sí mismo una actitud de tolerancia y respeto. No responder con violencia a la violencia. «Liberar a las personas de la propia violencia constituirá un nuevo reto, inevitable»³¹. No claudicar ante medios violentos que llevan a la destrucción del otro.

Crear foros de reflexión sobre situaciones necesitadas de reconciliación, perdón y paz: el diálogo es punto de encuentro de todos los intereses.

Ámbitos especialmente significativos y urgentes son los de las relaciones laborales y económicas. En este campo el cristiano laico está llamado a «fomentar el diálogo y mediar en los conflictos acercando las partes».

30. *Chistifideles laici* hace la enumeración de las situaciones y motivos de conflictividad y de guerra en el ahora (n. 6).

31. J. Comblin, *Cristianos rumbo...*, 397.

La reconciliación y la paz es un campo en el que no basta la acción individual. Deberíamos recuperar las comunidades cristianas la instancia-institución del «hombre bueno», del «juez de paz», encargado de lograr la avenencia entre los desavenidos, y enviarlos donde se haya generado cualquier enfrentamiento. Crear «escuelas de reconciliadores» y «pacificadores».

MINISTERIO DE LOS LAICOS. CONTRIBUCIÓN A LA EDIFICACIÓN DE LA COMUNIDAD.

Como miembro del pueblo de Dios el cristiano laico no puede desentenderse de la construcción de la comunidad eclesial. La comunidad cristiana está encomendada a él, como a todos sus miembros, según la propia vocación y carisma «Cada fiel laico se encuentra en relación con todo el cuerpo y le ofrece su propia aportación» (CL 20).

1. Una primera aportación es la de contribuir con su opinión y con su voto en las deliberaciones, y decisiones y colaborar desde su específica responsabilidad en la puesta en práctica de los proyectos evangelizadores en las diferentes comunidades eclesiales³².

2. Una segunda contribución es la que llamamos aportación «ministerial». El primer ámbito de esta ministerialidad, el más propio y específico, vuelve a situarse en el de la secularidad (CL 23). La significación fundamental de este tipo de ministerialidad consiste en que por tener su raíz en el bautismo y en la confirmación, no deben ser comprendidos como una articulación del sacramento del orden, ni su origen es una delegación o un encargo oficial de dicho ministerio.

El segundo modo de concreción de la ministerialidad laical, y al que se aplica la terminología de «ministerios laicales» es el encargo oficial de un servicio, ejercido de manera habitual, permanente, en los ámbitos de construcción de la comunidad eclesial (EN 73), el de la palabra, el de la diakonía, el de la koinonía o, en el más frecuente, de la liturgia. Por tratarse de encargos oficiales, son de hecho una «participación de los laicos en las tareas del ministerio pastoral, dependen en su concreto ejercicio de la dirección de la autoridad eclesiástica» (CL 23), se ven como ministerios de «suplencia» de lo que deberían hacer los presbíteros, su peligro: la «clericalización» (Puebla, 804-826; Santo Domingo, 102).

3. En este contexto del laico los ministerios que habría que crear o potenciar, además de los de la familia y la reconciliación, serían los siguientes.

- a) Un «ministerio» para crear y orientación cristiana de la opinión pública.
- b) Ministerios para la «liberación» del malestar interior.
- c) El ministerio de la visita a los enfermos. Se necesitan «ministros de los enfermos», hombres y mujeres dotados de carisma para sintonizar con la situación anímica del que está afectado por la enfermedad, especialmente la enfermedad

32. CEE, *Cristianos laicos...*, n. 36.

grave. Estas personas con carisma deben ser buscadas, reconocidas, preparadas. La comunidad eclesial debe reconocer estos carismas y encomendarles oficialmente, públicamente, esta función, a través del ministerio de los pastores.

d) La «tutoría espiritual» en el campo educativo. Los jóvenes, en los que «la Iglesia percibe su caminar hacia el futuro» (CL 46), que son «la esperanza de la Iglesia», la imagen y la llamada de aquella alegre juventud con la que el Espíritu de Cristo necesariamente la enriquece (CL 46), son en todas partes los grandes ausentes en la comunidad eclesial, el «gran desafío para el futuro de la Iglesia» (CL 46), «opción prioritaria» pastoral en muchas instancias eclesiales (Santo Domingo, 293.302). La comunidad cristiana no puede dejar de hacerse presente en este campo donde se encuentra durante años toda la juventud, el de la educación. Un tipo de presencia y de servicio que responda más adecuadamente a las necesidades íntimas, personales, de los alumnos. Se trata sobre todo de una presencia habitual de la comunidad eclesial ofreciendo el servicio de la atención personal, la ayuda al descubrimiento del propio yo, a la orientación y sentido de la vida, al propio proyecto personal, profesional, vocacional, a la integración personal de saberes, opiniones y vivencias. Y esto no en un contexto sacral, confesional, sino secular. Sería una manera de pasar a la práctica tantas declaraciones oficiales, solemnes, sobre la prioridad de la atención a los jóvenes: no se soluciona con presbíteros encargados de la pastoral juvenil, ni con los delegados de enseñanza, dedicados a menesteres de tipo burocrático y sin tiempo para este servicio.

4. *La «secularidad» de los ministerios litúrgicos*

La comunidad cristiana tiene su momento culminante de existencia en la celebración litúrgica. El desarrollo de la celebración y la participación activa en ella suponen y exigen la presencia de múltiples servicios y ministerios además del de la «presidencia», propio del ministerio pastoral. Los exige la celebración de la palabra, la celebración del memorial eucarístico, la celebración de los diferentes sacramentos. Además, en una celebración litúrgica, sobre todo la eucaristía, los diferentes servicios o ministerios de la comunidad y del mundo, deberían tener su lugar propio. Cada uno de ellos «llevaría a la celebración los problemas, inquietudes, situaciones, interrogantes así como las luces que ha encontrado a lo largo de la semana en el ejercicio de su profesión y de su actividad ministerial».

LA EXISTENCIA DE DIVERSOS MINISTERIOS

Hasta aquí hemos hecho una breve disertación de lo «ideal» en la ministerialidad de la Iglesia, pero ¿cuál es la realidad «numérica» de los ministerios y/o su diversidad? Aparte de los ministerios Instituidos de Lector y Acólito, sabemos que en algunas diócesis existen algunos ministerios, mas no como Ministerios

Instituidos. El servicio más numeroso es el de Ministro extraordinario de la comunión. En la mayoría de nuestras parroquias hay varias personas que desempeñen este ministerio y existe ceremonia, aunque no institución. Junto a éste el de catequista. También se ejercen el Ministerio de la Palabra, de la Liturgia, Cantores, cuidado de la Juventud, Animador de las Asambleas en ausencia de sacerdotes, de Celebraciones dominicales.

Son de destacar, asimismo, los ministerios de acompañamiento: responsables de JOC, HOAC, Pastoral Juvenil, Pastoral Obrera, Pastoral de la Salud. Destacaría el Ministerio de la Caridad, muy ampliado en los últimos tiempos de crisis y con una respuesta notable de voluntarios cristianos, que se uniría a los que colaboran en otras obras sociales. En algunas diócesis hay laicos que ejercen una Misión Pastoral con envío de parte del Obispo. Una forma de ministerio que participa del ministerio pastoral, sin dejar de ser totalmente laicos, aunque participan en el ser ministerial de los «algunos», siendo como son de los «todos».

Es cierto que la mayoría de ministerios hacen referencia a la Liturgia, *ad intra* de la Iglesia, tales son los de Ministros extraordinarios de la Comunión (en algunos casos lleva consigo la visita a los enfermos). También los de Catequista y Animador de la liturgia. Salmistas y Cantores. Es importante constatar la existencia del ministerio de Acompañantes en diversos ámbitos (laicos en Pastoral Juvenil; Pastoral obrera, Pastoral de la Salud); Colaboradores en obras sociales. Pero fundamentalmente podemos decir que rara vez salen de la iglesia-templo o, por usar la imagen coloquial, de la sacristía. Lo positivo es que son ministerios mediante los cuales se va integrando al laico en el sentido de comunidad de servicios diferenciada, ayudando a quitar el monopolio ministerial de los ministros ordenados. Sin embargo, nuestras comunidades en general tienen un sentido de dependencia absoluta del ministerio presbiteral y no se atreven a realizar nada si no está el sacerdote, para todo necesitan permiso. Es urgente promover otros ministerios laicales y no sólo *ad intra*, sino también *ad extra*, servicios que necesitan los hombres y mujeres de este tiempo nuestro y que se realizan como pertenecientes a una comunidad de creyentes que tiene que llevar a cabo una misión de evangelización en todos los niveles de la vida.

Aunque los ministerios de Lector y Acólito en la mayoría de las diócesis sólo se confieren como paso para la ordenación de Diácono y Presbítero. Hay algunos ministerios instituidos en movimientos y en algunas diócesis. El Ministro de la Comunión, el más frecuente, se confiere sin institución. Sí hay un rito en el que se encarga temporalmente este servicio. Lo más destacable es la existencia de laicos que tienen una encomienda de parte del obispo, atendiendo a pueblos, desde su plena laicidad, sin conferirles ningún ministerio. Pero, en general, son ministerios de paso hacia al diaconado permanente o presbiterado y se confieren sólo a aquellos que están en este camino de formación.

Nos parece que sí se ha dado un pequeño paso en la consideración de la Iglesia como comunidad de ministerios y servicios. Pero es preciso seguir ca-

minando, quizás con más agilidad. La conciencia de comunidad debe llevar a la asunción de diversos ministerios y servicios necesarios para la construcción «equilibrada» de la misma.

Que se siente la necesidad de ministerios nuevos en algunos ámbitos es evidente. Los que demandan con más frecuencia son:

–Ministerio de la caridad, acogida de cristianos, catecúmenos e inmigrantes en general; ministerio de la catequesis; animadores de las comunidades con mandato del obispo; el ministerio del acompañamiento; atención a ancianos, al mundo rural; pastoral de la salud; transmisión de la fe; en este momento se hace muy necesario un ministerio de atención a emigrantes.

–Acompañamientos concretos. Apoyo a sacerdotes que ejercen su ministerio en comunidades dispersas.

Los campos en los que se sienten necesidades más perentorias son variados: 1) las *directamente evangelizadoras*: (catequesis, animación comunitaria, transmisión de la fe, apoyo a sacerdotes con comunidades dispersas); 2) las *sociales*: caridad, atención a inmigrantes, a ancianos..., al mundo rural, pastoral de la salud.

No cabe duda de que el mundo civil aporta muchos medios materiales, pero se echa en falta un «espíritu», un «ánimus» que llene de sentido ese servicio, que supere la frialdad de un simple hacer sin conocer la persona que está detrás de esa carencia, desvalimiento o enfermedad. La compañía, el diálogo, el estar con los ancianos, el mostrarles que no son gente que ya sobra va más allá de proporcionarles una mediana comodidad física con una plaza en una residencia o cubrir las necesidad de comida y atención en el propio domicilio.

Hay rasgos que se descubren en todos los ámbitos que necesitan ministerios: «la capacidad de acogida y el acompañamiento». Éste se da en diversos grados, culminando en el acompañamiento vocacional y la animación. Una de las funciones más importantes para que nuestras comunidades se conviertan en comunidades vivas y calurosas, y dejen de ser no lugares aburridos, sin participación, esperando qué cosas se le ocurren al sacerdote de turno, es un «ministerio de acogida» que dé el rasgo humano, de fiesta necesario para nuestras celebraciones y reuniones. Éstas deberían ser, celebraciones de un pueblo que camina al encuentro de los hombres desde la realidad concreta y se alimenta de la presencia de la palabra de Dios, del Cuerpo y Sangre de su Señor, de la misma presencia de comunidad, presencia viva de ese Cristo: «Donde estén dos o más reunidos en mi nombre, allí estoy yo».

Nuestras reuniones deben ser reuniones constructivas, que marquen un tiempo nuevo de la Iglesia en el mundo, porque la novedad es un rasgo inherente al mismo ser cristiano. Novedad es renovación, es dinámica, porque el pueblo camina al ritmo de la historia. Diría más: camina proporcionando a esa historia el ritmo profundo, que no le dan los acontecimientos mundanos, sino la historia de

la acción salvífica de Dios para con el pueblo. También una acogida que supera cualquier acepción de personas, diferencia por clase social o categoría intelectual. Es una asamblea de hermanos, de la más variada condición que, juntos, proyectan el futuro del pueblo y el cada día que lleva a ese futuro.

A MODO DE CONCLUSIÓN

No debemos ser pesimistas en cuanto a la realización de ministerios en nuestras Iglesias diocesanas. Hay un número amplio de ellos, lo cual indica vitalidad de las comunidades. No obstante es una realidad poco visibilizada, pese a muchos servicios en el ámbito de la «pastoral social y de asistencia». La verdad es que siguen permaneciendo más *ad intra* que *ad extra* y teniendo poco significado evangelizador. El servicio más valorado por la sociedad civil, incluso laicista es Caritas. Su prestigio ha subido muchos enteros en la situación actual, pero muchos lo perciben más como asistencial que como icono y presencia actuante del ministerio constante de caridad que proviene del mandato del Señor. Hacia el exterior el ministerio de acompañamiento: a niños, enfermos, jóvenes, adultos. Los ambientes: mundo rural, obrero, estudiantil, profesional, personas enfermas y discapacitadas.

Echamos de menos un Plan de formación y un envío público de estos ministros además de reconocer como tales, muchos servicios que, desde el ser cristiano, se están haciendo en la cotidianidad de la vida.

Ciertamente no podemos negar que encontramos experiencias muy variadas: desde cierta formación *ad experimentum* hasta quienes los preparan en los distintos niveles que existen: licenciatura, diplomatura, enseñanza media. En muchos grupos o diócesis no existe ninguna plataforma de formación para servicios y ministerios (Se valora la formación de base y la actitud ante la formación permanente).

Sin embargo, sí la tienen algunos movimientos (Neocatecumenales, Cursillos). alguna preparación se imparte para el ejercicio del ministerio de la comunión. En servicios como Catequistas y Voluntarios de Cáritas sí existe un plan específico. En algunas diócesis hay formación para todo el laicado. Pero no una formación específica para aquellos que desempeñan algún servicio en alguna manera no ocasional, sino permanente, a la comunidad.

Hay diócesis que tienen bien organizada y desbrozada la formación. Cursan dos años de preparación para Agentes de Pastoral, con posibilidad de conseguir el Diplomado o Licenciado en Ciencias religiosas. En otros grupos se hace una preparación especial: Liturgia, Salud, Vida Ascendente, Familia, Pastoral Social. Otras Escuelas de Agentes de Pastoral dedican a la preparación cinco cursos. Éstas se incluyen en el Plan de Formación diocesano y llegan a hacerse realidad en «Escuelas diocesanas de Agentes de Pastoral» por Arciprestazgos. Sabemos que algunas diócesis tienen centros que posibilitan esta formación, pero no están

bien utilizados. Se comienza la preparación, pero no se persevera en ella. Sí son frecuentes cursillos específicos para ministros de la Comunión. Allá donde existe Centro de Teología con especialidad para seglares y Centro de formación permanente, se invita a los laicos a que asistan. También hay oferta desde las Parroquias, Plan de formación misionera: para jóvenes con inquietud de misión ad gentes. Los Movimientos siguen con su Plan de Formación tradicional renovado, sobre todo la Acción Católica con la dinámica: VER-JUZGAR-ACTUAR.

Esperemos que vaya en aumento el número y la formación de estos agentes laicos, ministros de evangelización. También que se haga (algunas diócesis y movimientos ya lo realizan) un envío-rito que declare que es misión de la comunidad eclesial. Deseable que se celebre el Día del envío en las parroquias de la ciudad, en el marco de una Eucaristía: el paso a la militancia cristiana.

Los ministerios diocesanos: envío del obispo y rito de acogida. En la parroquia, con el consentimiento del obispo, celebración litúrgica de la comunidad. Publicación en la comunidad de los diferentes ministerios.

Simplemente indicar que un rito presenta en «sociedad» ante la comunidad cristiana a aquellos laicos que ejercen, de forma oficial, algún servicio laical específico en cualquiera de los ámbitos de Iglesia (universal, diócesis, parroquia, arciprestazgo, etc.). También la importancia de que este rito sea de un lenguaje inteligible, que ayude a ir descubriendo el laico que es un elemento muy importante, activo, en la vida de la comunidad.

Hemos de decir que el cambio de mentalidad no es fácil. Seguimos teniendo la idea de que «institucionalizar» es igual a «someter» y el sentido es, precisamente, el de «hacer manifiesta la riqueza de la libertad al asumir de forma duradera los servicios que necesita la comunidad». También es una manera de hacer visible la vocación eclesial de los laicos.

Es preciso completar el listado de ministerios. Esta revitalización de los ministerios ha de estar muy unida a la remodelación y animación de los diversos campos pastorales. Necesitamos una pastoral desempeñada por todos en la Iglesia. Aunque los ministerios laicales no deben ser un sustituto de las vocaciones al presbiterado ni instituirse por la falta de vocaciones o a la edad del clero. Es preciso superar el laicado cómodo, además los ministerios laicales completan la ministerialidad de la Iglesia, es necesario asumir co-responsablemente esos ministerios propios de los laicos.

Tras muchos años hemos avanzado poco en este recuperar la ministerialidad para todo el pueblo de Dios. Se percibe cierta sospecha de que puedan los laicos «asaltar el poder», asumir tareas de responsabilidad y desbancar el rol del presbítero. Tanto tiempo ha tenido que asumir todos los servicios, incluso aquellos que eran propios de los laicos que le resulta difícil devolverlos a sus «legítimos servidores», los seglares. No obstante hemos de ver como positivas las señales de movimiento que se perciben, aunque de manera débil, para «montarnos» en el camino nuevo e ir progresando en esa Iglesia «comunidad de ca-

rismas y ministerios» que es la querida por el Señor. Esto no depende del capricho o la concesión de la jerarquía, sino de asumir cada cual su «responsabilidad» como creyente que ha de transmitir la fe con su vida.

En esta situación y recordando al gran papa Pablo VI, debemos hacernos responsables de llevar a realidad la teoría del Concilio, que no es otra cosa que poner letra nueva al mensaje perenne del evangelio.